

CUADERNOS
DE HORIZONTE

El valle feliz

ANNEMARIE
SCHWARZENBACH

LDH



Annemarie Schwarzenbach

ZÜRICH, 1908 – SILS, ENGADINA, 1942

*

Arqueóloga, escritora y periodista nació en el seno de una familia suiza acomodada. Desde muy temprano sufrió la nefasta influencia de su madre y el esfuerzo por construir su identidad desde su condición homosexual. Vivió con intensidad una vida nómada que la llevó a ejercer la arqueología, el periodismo, la narrativa de viajes y la literatura en el Oriente y Asia, Europa, Estados Unidos y África. Muy marcada por la relación con Klaus y Erica Mann, los hijos del Nobel Thomas Mann, perteneció a una generación condicionada por la crisis moral que afectaba a la Europa de entreguerras y la adicción a las drogas. Algunos de sus relatos y correspondencia fueron destruidos a su temprana muerte por la madre, pero otros sobrevivieron como *Todos los caminos están abiertos* (Minúscula), el relato de su viaje con Ella Maillart (*El camino cruel*, La Línea del Horizonte) y *Muerte en Persia* que años después reescribió en estas páginas: *El valle feliz*, que ahora se traducen por primera vez.

CUADERNOS
DE HORIZONTE

El valle feliz

**ANNEMARIE
SCHWARZENBACH**

TRADUCCIÓN DE
JUAN CUARTERO OTAL

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición:

El valle feliz

Título de la edición original:

Das glückliche Tal

Primera edición en

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:

septiembre de 2016

© de esta edición:

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:

www.lalineadelhorizonte.com

info@lalineadelhorizonte.com

© de la traducción: Juan Cuartero Otal

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Venzalá

Imagen de cubierta:

Annemarie Schwarzenbach en Persépolis.

Autor desconocido

© Schweizerische Nationalbibliothek, Bern

Depósito Legal: M-27493-2016

ISBN: 978-84-15958-47-5 | IBIC: FA;WTL;BG;1FBN

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

El valle feliz

NOTA DEL TRADUCTOR ... 7

1 ... 8

2 ... 23

3 ... 42

4 ... 58

5 ... 80

6 ... 88

7 ... 93

8 ... 99

9 ... 110

10 ... 113

11 ... 122

12 ... 129

13

UN INTENTO DE AMAR ... 139

EL RECHAZO DE LA MAGIA ... 148

EL ÁNGEL ... 153

POSFACIO.

¿DÓNDE ACABAN LOS CAMINOS? ... 164

NOTA DEL TRADUCTOR

Entre octubre de 1938 y febrero de 1939, Annemarie Schwarzenbach permaneció internada en la clínica Bellevue de Yverdon. Ello supuso un efímero periodo de calma en su atormentada vida, que aprovechó para reescribir el manuscrito inédito de *Tod in Persien* y darle una forma más literaria, un tono marcadamente íntimo. El resultado fue *Das glückliche Tal*, cuya traducción tiene ahora en sus manos y que, para el crítico Charles Linsmayer, han sido las mejores páginas escritas por Schwarzenbach.

La autora, consciente de que esa obra sí la vería publicada, tomó la decisión de desdoblarse en un juego literario y –aunque a lo largo del relato original apenas se percibe– ceder la voz a alguien que, aunque solo en un par de pasajes muy concretos, se nos revela como masculino. No obstante, la necesidad perentoria de marcar desde la primera página la concordancia de género en español, unida al manifiesto carácter testimonial de esta novela corta y a la ausencia de prejuicios por parte del público al que hoy va dirigida, han llevado a tomar la decisión de convertir al narrador esta vez en narradora, esperando contar con toda la complicidad y consideración de los lectores.

JUAN CUARTERO OTAL

Nuestras tiendas están plantadas sobre una franja de hierba a orillas del río Lahr. El fondo del valle se encuentra a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, a treinta más si tomamos como referencia el nivel del Mar Caspio, que está mucho más cerca que el Golfo Pérsico. Dos mil quinientos metros: resulta muy impresionante pero en realidad no significa mucho, ya que a nuestro alrededor no se ve otra cosa que montañas y cordilleras que sobrepasan con mucho la altura de este valle. Cumbres grises, unas con paredes de rocas cuarteadas y abruptamente accidentadas que ascienden casi verticalmente, otras con extensas laderas que se inclinan con suavidad. Si me quedo quieta en medio de una de estas laderas —subimos con bastante frecuencia, ya sea para observar las cabras montesas, ya para escapar de la pesada somnolencia de nuestras tiendas de campaña— escucho perfectamente la caída incesante de rocalla. Este rumor suave y monótono es el único sonido que se escucha en este yermo, aparte del soplo de un viento invisible que, muy lejos, pasa por encima de las crestas como también de la meseta sofocante que, mucho más abajo, se encuentra separada de nuestro valle por incontables sendas y pasos sin nombre. No conozco un sonido más

insoportable que el rumor incesante de estas enormes laderas. Sí, es aún más terrible que el eco nocturno de las esquilas que hacen sonar los camellos y de las que aquí me hallo felizmente a salvo. En verano, las caravanas pasan el calor del día en una ciudad o en un caravasar y no se ponen en marcha hasta la hora del crepúsculo, cuando el viento ya es un poco más fresco. Viví varios meses en un barracón que solo estaba separado por un muro de adobe de la antigua ruta de las caravanas entre Teherán y Varamín y todas las noches, incluso en sueños, escuchaba el eco sordo de las campanillas, los roncós gritos de los caravaneros y el cascabel agudo colgado al cuello del asno que los guiaba. Y aun así nunca logré acostumbrarme. Aquí arriba disfruto de algo que podría llamar «placidez nocturna»: por este valle raras veces pasan camellos y, con este frío terrible, nunca durante la noche. También hay, sin embargo, otros ruidos: a veces me asusto con el gorgoteo repentino y veloz del agua del río cuando pasa serpenteando entre las orillas, chocando con la gravilla —incluso estoy convencida de que se puede escuchar a las truchas dando saltos desesperados—, o cuando se levanta viento, este terrible viento de montaña, que trae hasta aquí arriba el olor del polvo de la meseta quemada y que en la oscuridad tira de las cuerdas de nuestras tiendas. Pero, como ya

he dicho, lo peor de todo es el incesante rumor de estas enormes laderas. No deberíamos aventurarnos nunca a subir entre la rocalla. Pero lo hacemos constantemente.

Si me quedo parada, solo un instante, para recuperar el aliento, lo primero que noto es el sonido de mi propio corazón latiendo con rapidez. Pero una vez que se ha silenciado, lo que todavía se escucha —ahora con claridad, sin duda— es la incesante caída de rocalla. Miro involuntariamente a mi alrededor, como esperando ayuda. Este páramo gris y sorprendentemente apacible es lo único que hay hasta donde se pierde la vista. Abajo tenemos el río, una estrecha franja, los verdes potreros, nuestras tiendas blancas; en la otra orilla, el edificio del *chaiján*, bajo, casi oculto en la vaguada donde comienza la subida hacia el paso de Afyeh, el humo que sale por la puerta y sube pegado a la pared de rocas de color gris plata; un poco más abajo, las tiendas de fieltro negro donde viven los nómadas y, delante de ellas, las faldas rojas de las mujeres y los calderos de cobre brillante. Todo es tan pequeño que parece de juguete, también los rebaños de ovejas, también los caballos del Sah en el prado. El río se pierde de vista detrás de los acantilados negros; nunca hemos llegado mucho más allá, ni siquiera cuando hemos salido a pescar truchas. El valle del Lahr no se termina ni

mucho menos allí, pero ¿sabemos adónde conduce? Baja hacia Mazandarán, la región a orillas del Mar Caspio, «el País del Diablo», que es como le dicen los nómadas. Mazandarán, ¡qué hermoso sonido el de este nombre! Ahí tienen jungla, selva, campos de arroz, búfalos de agua sobre melancólicas dunas, humedad, malaria. En Guilán, la provincia vecina al este, están drenando los campos de arroz por orden del Sah y han traído a chinos para que en esos campos sustituyan la malaria por el difícil arte de cultivar té. El té de Guilán sabe a paja, el arroz de Mazandarán huele a estiércol seco. En las pequeñas poblaciones costeras, como Pahlavi o Mashhad-i-Sar, viven rusos dedicados a la pesca del caviar. Al este comienzan las estepas, los pastos de los tayikos y turcomanos, con sus alfombras de color rojo y marrón como pelo de camello, con sus tiendas de campaña y sus alforjas de vivos colores. Son los que crían los mejores y más rápidos caballos de Oriente. Los niños, a los seis u ocho años, ya participan en las grandes carreras de caballos que se celebran en otoño. Del puerto de Krasnovodsk parten los Ferrocarriles de Rusia, una solitaria vía que atraviesa la estepa: hacia Merv, hacia Bujará y Samarcanda. Allí ya estamos cerca de los crespos tayikos, ya casi en la Meseta de Pamir, en la frontera con las Montañas Celestiales. ¡Ah, la magia de los nombres!

¡Ah, ciudades de Asia, cúpulas luminosas sobre tierra de nadie! ¡Ah, esperanzas repentinas! ¿Ha vuelto a latir tu corazón?

Al final del valle, o más bien, allí donde sospechamos que se acaba el valle, se eleva el cono liso de un gigante, la pirámide del Damavand, inalcanzable e intocable. Ahora, a final del verano, tiene el cuerpo a rayas, como una cebra. Las paredes de lava se muestran entre las nieves que se van derritiendo. Su cima siempre tiene un color blanco brillante, como el de una nube, que resplandece aun de noche y, al igual que la Vía Láctea, ilumina el cielo ligeramente. Ya estamos acostumbrados a esa impresionante vista; igual que en este país estamos acostumbrados a los paisajes, al polvo, a las esquilas de los camellos, a la fiebre, al paso de las horas, a la mañana y a la tarde, y cada uno trata de vivir como puede. El Damavand se ve por dondequiera que miremos: cuando salimos de la tienda por las mañanas, cuando caminamos río abajo hasta los acantilados negros, cuando, por el contrario, vamos río arriba y llegamos a la caldera de hierba donde encontramos pastando camellos y cabras y ovejas de cola grasa. Una vez fui a caballo hasta unas ruinas, a muchas horas de aquí, en el fondo sinuoso de un valle al que todavía no habían llegado los saqueadores de tumbas ni los pasos de ningún mortal. Para los

nómadas no tiene el menor significado; es porque ni una brizna de hierba crece en su superficie desnuda, pergeñada por una muerte que le sobrevino hace tal vez mil años. Fui subiendo, le di la espalda al fuerte viento: allí, a una distancia prodigiosa, se erguía de nuevo esa cima blanca. Hoy está cubierta por una nube ligera, ¿o son más bien vapores de azufre? En realidad, el cráter ya lleva mucho tiempo extinguido. Ni siquiera los asirios, que ya habían dado noticia de que el pueblo de los medos se había extendido al pie del monte Bikni, llegaron a saber de su naturaleza volcánica. Unos tres mil años lleva ya extinguido. Desde tiempos inmemoriales. Los latidos de mi corazón se mezclan con el rumor incesante de la rocalla en cuanto miro al Damavand, al que desde hace tiempo conozco y guardo evidente respeto, pues su cabeza llega hasta el cielo mientras que su pie permanece invisible. Me tranquiliza. Por encima de mí, despojadas de todo su peso, se yerguen las brillantes crestas que sirven de corona a las montañas y, aunque a veces me cuesta notarlo, ese insostenible rumor adquiere la esencia de un impresionante silencio.

A este valle lo llamamos «el Fin del Mundo», pues queda muy por encima de las otras mesetas del mundo, muy lejos de las carreteras transitadas de la llanura. Las rutas de las cara-

vanas lo comunican o con el desierto, o con las puertas de dos necrópolis, las ciudades de Kerbala y Nayaf, repletas de gentes dedicadas a sus negocios. Interminables cadenas montañosas lo separan del mar. Es cierto que por aquí uno siempre se encuentra con algún camino; pero nadie, excepto los nómadas, sabe adónde llevan esos caminos. Es más, ni siquiera es seguro si los nómadas lo saben, por más que sean ellos quienes los han hollado a lo largo de los siglos: ellos son los que deambulan pacientemente con sus rebaños, buscando el buen tiempo o los buenos pastos, hasta que se cierra el ciclo y, en los primeros días del verano, regresan aquí. No, no tienen una meta; y su mirada, cuando pasa rozando por encima de los lomos de sus camellos y llega tal vez hasta el mismo Damavand, revela esa lealtad que aguanta tanto lo bueno como lo malo y esa paciencia que estremece hasta lo más profundo. No le tienen ningún miedo a la muerte, eso es indiscutible. ¿Pueden ver el Damavand? ¿Pueden ver cómo cierra el fondo del valle con su cono suave? ¿No se dan cuenta de que, cuando tratan de acercarse a esa forma con líneas de nieves, se pone a flotar suavemente y se aleja como si fuera la luna? Probablemente nos responderían que es posible rodearla por su pie. ¿Y qué hay al otro lado de su pie? Ante una pregunta así, simplemente sacudirían la cabeza.

Dicen que los nómadas no acostumbran a fumar opio. Si en el pequeño *chaiján*, allí donde los hombres están sentados alrededor del samovar, parece notarse el olor dulzón del opio, ese olor que recuerda los caravasares de las rutas de los nómadas y evoca las teterías de las ciudades, solo hace falta mirar con más atención al banco corrido junto a la estufa: en el rincón más oscuro, un soldado, uno de los guardas de los caballos del Sah, está en cuclillas, fumando, con la guerrera abierta y los zapatos a un lado. Es conveniente no mirar demasiado fijamente. El propietario se acerca y aclara en un murmullo: «Está enfermo». Es lo que nos dice a los *farangi*, a los extranjeros. Y a nuestro alrededor, silencio; los hombres siguen sorbiendo té a través de un terrón de azúcar sin ni siquiera volver la cabeza. Pero debemos andar con cuidado: se nos despiertan los recuerdos. Debemos evitar los rostros de los fumadores de opio y los olores dulzones, el de los *chaiján* y el del viento cargado de polvo de la llanura, y las voces roncadas de los soldados persas y el calor que despiden el samovar y también el humo del carbón de leña, que irrita los ojos: en fin, todo lo que está vivo, todo lo que hemos conocido, todo lo que la lejanía evoca.

La lejanía no existe: no podemos llegar aún más alto, no podemos subir tanto como

para mirar más allá de nuestro valle, por encima de los peñascos y las pedrizas que lo limitan.

Una vez —de eso ya hace mucho tiempo— nos explicaron cómo se leen los mapas. Estaban repletos de nombres: de mares y ríos, de grandes carreteras que conectan las ciudades importantes entre ellas. También nos hablaron de los pueblos que viven en esas ciudades y en cada uno de esos países, que mantienen entre sí relaciones comerciales y hacen guerras, que con el devenir de los siglos vencen y dominan, y que igualmente son vencidos. Finalmente también nos explicaron que todos siguen aún con vida. A mediodía gritan en la Bolsa de París y en Wall Street; en plena noche se congregan en los bazares de Estambul; por la mañana temprano hay una febril actividad en el caravasar de Taskent, y un día tras otro entierran a los muertos. ¿De dónde sacamos las evidencias? De los periódicos, de los mensajes de radio que recorren el mundo entero. Alguien que se despierta en Zúrich por la mañana sabe cuántos muertos ha habido esa noche en Abisinia, en Barcelona, en Shanxi. Incluso funciona el mercado de valores que, aunque no es un instrumento para la paz en la tierra, sí contribuye a la complacencia de las gentes. Pero aquí arriba, en el valle del Fin del Mundo, no tenemos periódicos, incluso se nos ha olvidado instalar una radio. Por mi par-

te, ya cuando tuve que aprenderme los nombres de las ciudades, empecé a dudar de su existencia. Después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que hacen como en el cine, es decir, que nos muestran unos tras otros, con toda rapidez, escenarios y campos de batalla, y alguien que aparece por un instante en la pantalla con el rostro perfectamente rasurado nos lo va aclarando todo: el ganador de la Maratón —filmada ayer mismo—, los presos en China —justo después de ser ejecutados—, la flor del cerezo —en Japón y en el Danubio—, la llegada del dictador, las multitudes enfervorecidas, la paz en el mundo, dos manos que se unen, dos brazos que se abrazan a nuestro mundo a pesar de que gira a una velocidad vertiginosa. Pero, ¿y qué más sabe ese señor que tan bien sabe hablar? En estos momentos, ¿no hay por ahí unos soldados que están ateridos de frío, pasando la noche al raso y limpiando los fusiles para evitar que los arresten? ¿No hay una campana que suena ahora mismo, a esta hora, en algún lugar? ¿Caminan los prisioneros en círculo?

—Déjate de ensoñaciones —me dijo el maestro—, cada cosa a su tiempo, ahora estamos en clase de Geografía. A ver, ¿en qué países hay yacimientos de petróleo?

—En México —le respondí—, en Rumanía, en Oklahoma, en Bakú...

—Bakú no es un país. —Aclaró el señor maestro. Tenía razón y me dio permiso para sentarme.

Ahora que estoy mucho mejor informada que él, puesto que ya he estado en Bakú, yo le preguntaría: «A ver, ¿qué pasaba entonces con Bakú?».

Qué pasaba con Bakú...

Una fría noche zarpamos del puerto de Pahlavi, en la desolada costa de Persia. Íbamos en un pequeño vapor que llevaba ondeando en la popa una bandera roja, descolorida y desgarrada por las tormentas. El traqueteo de las máquinas, el estruendo, las sacudidas, los chasquidos y los chirridos me causaron pesadillas. Por la mañana subí a cubierta para contemplar el Mar Caspio, gris y agitado, la niebla ondulante, el cielo colmado de nubes, un gris y un vacío sobrecogedores; hacia el norte, una colina desolada surgía de entre las olas, en su ladera, árboles desnudos: un bosque negro, evidentemente calcinado. El capitán me lo aclaró: eran las torres de los yacimientos petrolíferos de Bakú.

Sí, ahora lo sé. He estado en Bakú, y también en muchas otras ciudades. He sufrido amargas decepciones. Ya no me abandono a ensañaciones de colegiala. Sin embargo, ¿qué es lo que me obliga a creer en la existencia de un pue-

POSFACIO
¿DÓNDE ACABAN LOS CAMINOS?

De entre toda la obra literaria de Annemarie Schwarzenbach puede que *El valle feliz* sea la obra que mejor revela su profundo desgarró íntimo expresado en un largo soliloquio. A juzgar por la reelaboración del texto a partir de la primera redacción de *Muerte en Persia* y del cariz simbólico y dramático que adquiere esta nueva versión de su estancia en el valle persa del río Lahr, Annemarie quiso dar a este relato un tono confesional, una explicación de sus tormentos psíquicos y físicos, que eran muchos y esquivos. Si en *Muerte en Persia* describe en un tono más o menos objetivo ese tiempo que coincide con una profunda crisis existencial, la versión que plasma en *El valle feliz*, y que publica cuatro años después, es una versión subjetiva que trata de explicar el infierno que la consume, llevando el relato de la historia a un endeble basamento ficcional que no consigue desprenderse de la armazón biográfica y a un tono exaltado y alegórico, que más parece un soliloquio desesperado.

Cuando en 1938 vuelve sobre el manuscrito de su estancia en el valle tres años antes, en 1935, su intención es transformarlo en el mapa figurado de la peor crisis de su vida y los demonios que la esclavizan. «En toda mi vida —escri-

be en una carta— no había trabajado con tanto ardor... Me hallo al borde del agotamiento, pero [...] mis recuerdos de Oriente se han clarificado, han sido interpretados, transformados en símbolos. Todo esto se asemeja a un grito de desolación y es terriblemente duro». *El valle feliz* se despega de esta manera de la redacción más ortodoxa de *Muerte en Persia*, no solo en el estilo autoconfesional, sino en el simbolismo con que reviste su experiencia en Persia y el Oriente, una vez cerrado ese capítulo biográfico que la lesiona de forma tan honda. Aún no sabe que un año después volverá a la región en compañía de Ella Maillart, pero lo que describe de este largo viaje, la mayoría sobre todo en artículos de viaje para revistas y medios, de ningún modo reviste el cariz revelador de sus fantasmas íntimos que recrea en *El valle feliz*.

Parece que 1935 fuera el año en que se concentran las experiencias más dolorosas de una búsqueda de sentido que parece no anidar en ninguna parte. En enero ingresa en la clínica suiza del doctor Ruppner en Samedan, donde intenta suicidarse tras una crisis aguda provocada por las drogas y por el remordimiento de no haber ayudado a su gran amiga Erika Mann en un momento de crisis ante las consecuencias del avance nazi. Por el contrario, había huido a Persia en septiembre del año anterior para tra-

bajar como arqueóloga en el yacimiento de Ray, en un viaje en el que conoce a Claude Achille Clarac, cinco años mayor que ella y por aquel entonces segundo secretario en la Embajada de Francia en Teherán. Su estancia en Persia se le hace opresiva y aumenta esa desazón interior que no sabe racionalizar pero que le causa una angustia destructiva como le explica en carta a Klaus Mann: «Este país es demasiado grande; la vida aquí, lejos de la ciudad, demasiado centrada en una actividad insólita y monótona; y en las grandes avenidas de la capital hay demasiada gente. Una se siente desorientada en medio de esta confusión».

166

Unas semanas después de salir de la clínica decide casarse con Claude, a quién ve como un puerto fiable en medio de la tempestad y ante la consternación de su difícil madre, Renée Schwarzenbach, que no confía en el éxito de esta extraña alianza. A ambos, Annemarie y Claude, solo les interesa su mismo sexo pero comparten un sentimiento de marginalidad y una sensibilidad ante el desarraigo que parece ensamblarlos como almas gemelas, de hecho Claude Clarac dirá de Annemarie: «ha sido la única mujer que he amado». El 16 de abril de 1935, la suerte está echada y Annemarie emprende su tercer viaje a Persia para casarse con Claude que le espera en Beirut. De allí parten a Teherán por tierra ha-

ciendo escala en Palmira, donde se alojan en el hotel a pie de las ruinas que pertenece a Marga D'Andurain, esta mujer de origen español que le impresiona tanto como para inmortalizarla en un relato; y dando un largo rodeo por Mosul y el Kurdistán iraní. El 21 de mayo tiene lugar la boda en la embajada francesa en Teherán. Se instalan en una casita en Farmanié, a veinte kilómetros de la capital, con jardín y un gran estanque, que con la llegada del verano será el causante de una malaria que deja a Annemarie profundamente afectada. En julio tiene lugar un encuentro que marcará a la escritora: se enamora de forma romántica de Yalé, la hija mayor del embajador turco en la ciudad, un hombre de carácter difícil y que no había encajado el abandono de su primera mujer, la madre de la muchacha. Yalé proyectará una dulcísima presencia en ese tiempo estival desencajado por la angustia, las drogas, el calor y los estragos de la malaria. La joven ya estaba gravemente enferma de una dolencia pulmonar irreversible y el tiempo que pasan juntas es para Annemarie motivo de una exaltación romántica a cuyo recuerdo volverá siempre con los años.

Es su marido Claude quién decide llevar a Annemarie por unas semanas al campamento de la legación inglesa con espaciosas tiendas blancas —*tiendas suizas*, las llamaban— montadas

con toda clase de comodidades en el fresco valle del río Lahr para así huir del tórrido verano en Teherán y conseguir que se repudiese de la malaria y la tensión de sus cuitas, siempre atezantes en lo tocante a su serenidad anímica. El valle se encuentra a dos mil quinientos metros sobre el nivel del vecino mar Caspio y a cuarenta y cinco kilómetros de Teherán, pero para llegar hasta allí había que franquear numerosos pasos de montaña y valles ensimismados atravesados por los nómadas, en el que siempre asoma, como un faro, la pirámide del Damavand. Como si el propio lugar diera la medida de sus contradicciones íntimas, se refiere a él como *el valle feliz* —tanto por la fresca temperatura, como por la placidez del paisaje y la vida sosegada de los nómadas que lo habitan dedicados al ganado y los caballos—; pero también como *el fin del mundo* pues se alza por encima de otros altiplanos de la Tierra «y no puede conducir sino a lo extraterrestre, a lo inhumano que roza el cielo». Un valle de transición al más allá figurado donde acaban todos los caminos y en el que la dulzura de la vida pugna por exorcizar la muerte, lo que siempre se desvela como metáfora de su cartografía interna, que se debate por volver a la vida y encontrar una salida a su caos vital: «No he cambiado desde mi niñez: los mismos anhelos, las mismas dudas. Pero ahora estoy prevenida. Hubo un

tiempo en que todos los caminos estaban abiertos. ¿Y cómo es que no me conformé con eso? ¿Por qué me empeñé con tanta obstinación en dar rodeos, en seguir caminos equivocados? Todos acabaron aquí arriba, en este "Valle feliz" del cual ya no podemos salir». La figura del ángel, introduce, no obstante, un hálito de esperanza.

A pesar de la malaria, a pesar de la cura de desintoxicación que había realizado a comienzos de año, la seducción por la *magia negra*, que es como nombra a la droga, se hace demasiado tentadora en estas tierras donde encuentra sin dificultad hachís y donde prueba de nuevo el opio que consumen los nómadas que visitan el *chai-ján* y al que ya se había habituado en Farmanié: «Llegaron corriendo para traerme una bandeja hermosamente dispuesta con zumos de frutas y el veneno que yo les pedí. ¿Ya lo he llamado *magia negra*? No es mejor que la pipa de kif, pero tampoco peor... Este veneno no está nada mal: resina de amapola, flores esplendorosas revoloteando, ascuas al viento y consuelo para mi vista, el corazón se enfría y se desliza como la sombra de un delfín entre las ondas aceitosas, de isla en isla, hasta los polos, y sube y baja, con calma, en un puerto, entre los arrecifes y los moluscos. ¡Ah, por una vez puedo contar con ayuda!».

Con este paisaje interior no es extraño que el diario que escribía en la blanca tienda del

campamento lo califique tiempo después como de “Diario impersonal”, porque impersonal es la mera descripción del entorno, sus montañas, valles, sus gentes, sus rutinas cotidianas en ese sanatorio que nada sana sino enaltece su angustia... «incluso cuando hablo de la vida que hacíamos en la expedición el relato dista mucho de ser una confesión personal», anota en *Muerte en Persia*. Y es que Annemarie vive dos vidas: la que relata al exterior en ese diario que no fue publicado en vida, y la que vive para sí, en un chapoteo autista del que ha de sobrevivir a los dramas que la acucian en ese año tan especial: la angustia de la deriva política en Europa a la que no responde de forma clara por la presión familiar abiertamente pronazi; la esclavitud de esa *magia* perversa de la que no se puede liberar; el amor y la muerte, *eros* y *tánatos* fundidos en la hermosa y trágica Yalé, y en otras muertes como la del fotógrafo de la expedición Jan Bibenski y el suicidio del arqueólogo Carl Bergner; la propia enfermedad, con los estragos de una malaria que la somete a episodios febriles delirantes; la memoria de sus experiencias en otros viajes por Oriente y Asia, sin olvidar la conciencia del fracaso de su matrimonio que, como era de esperar, no podía ni debía ser refugio de nada y acaba meses después. Una herida infectada en un pie la devuelve a Teherán y en el hospital recibe la

visita de Yalé, tan visiblemente desmejorada que muere unas semanas después. En septiembre ya definitivamente en Farmanié recibe la visita de su amiga Barbara Hamilton Wright, a la que lleva a visitar Persépolis, pero entrado el otoño ya ha decidido que nada la retiene y que ha de enderezar el rumbo hacia cualquier otro lugar que, de momento, es su casa de Sils. Allí recalca en octubre para ingresar un mes después en el sanatorio de Prangins, dirigido por el doctor Alfred Forel, para llevar a cabo otro de los intentos de desintoxicación que jalonan su corta vida.

Con la excepción de su cuarto viaje a Persia con Ella Maillart en 1939, que emprende con la secreta esperanza de que la compañía serena y equilibrada de esta gran viajera le devuelva a un objetivo claro: el propio viaje y el trabajo de articulista y hasta su casi olvidada otra profesión que es la arqueología, a la que volverá sin mucho entusiasmo en la etapa final de Afganistán, en realidad es en este valle suspendido frente al Caspio donde acaba su búsqueda persa. «He ensayado en Persia todas las formas de vida posibles, pero siempre he fracasado», confiesa en este relato, y cuando André Malraux le pregunta por la razón de sus reiterados viajes a este país —«¿Es solo para estar más lejos?»—, la respuesta sigue siendo evasiva. Persia era algo más que una fijación, era la materialización sim-

bólica de un espacio de creación que se imbrica con la escritura, pero también de huida, como expresa en estas páginas: «Perdida, apátrida, paseante ociosa, a merced del viento, del frío, del hambre... Siempre sola, empujada hasta el mismo borde del abismo...», pues «ya no queda una casa en la que me estén esperando; ya no queda una lámpara encendida junto a una puerta para mostrarme el camino a casa». Persia era conciencia de su desarraigo, un erial íntimo en el que solo la escritura podía desvelar un sentido y esa es la razón por la que reconstruye la primera redacción de *Muerte en Persia* con el objetivo de desvelar en este libro la épica de su drama interior, el pathos de una catarsis literaria.

172

La reescritura de *El valle feliz* pone broche a un largo periodo, no exento de dolorosos cataclismos psíquicos, pero en el que se reconfirma como escritora y cronista, una experiencia que a la postre se convertirá en su verdadera profesión. En el intervalo de la reescritura de la segunda versión de su estancia en el valle del Lahr, viaja a Mallorca con Erika y Klaus Mann y allí encuentran a André Gide, al que visitan; y luego vendrá el largo y fecundo periodo norteamericano en el que recorre el país para hacer reportajes sobre las precarias condiciones de vida en sus rincones profundos y que firma con el apellido Clark, una forma sincopada del apellido Clarac,

para desviar la atención del de su marido, pero también del suyo de soltera, en ese momento enfangado por la adscripción nazi de su familia. Viaja por trabajo a los Balcanes, a Moscú, y hace estancias en Nueva York donde tienen lugar tormentosas relaciones con la escritora Carson McCullers y la millonaria Margot von Opel a quien en una trifulca en el hotel Bedford intenta, incluso, estrangular. Es el periodo final de una secuencia dramática que la hace pasar por el manicomio, por otro intento de suicidio, y por la expulsión definitiva del país.

Cuando la editorial Morgarten de Zurich publica finalmente *El valle feliz* en 1940, lo firma como Annemarie Clark-Schwarzenbach. Dos años después fallece en un estúpido accidente de bicicleta y su madre destruye buena parte de su obra y su correspondencia. Más tarde, cuando Ella Maillart está a punto de culminar el manuscrito del viaje emprendido por ambas, *El camino cruel*, Renée Schwarzenbach impide, junto a otras imposiciones, la mención tanto en el libro, como en la bibliografía final, de *El valle feliz*, tal vez por considerarlo el testamento desgarrador de las obsesiones más dolorosas de la trágica Annemarie, a la que Thomas Mann había bautizado una vez como «el ángel devastado».

CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que volver a reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento; la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#6

El paisaje habitado

CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

CU#7

Crónicas de Islandia

JOHN CARLIN

CU#8

El valle feliz

ANNEMARIE SCHWARZENBACH

Una estancia en el valle persa del río Lahr, es la excusa para reelaborar un texto anterior y convertirlo en el espejo de sus dramas íntimos. La de Annemarie Schwarzenbach fue una vida corta pero intensa marcada por la angustia existencial, la homosexualidad, las drogas y la búsqueda de la identidad en largos viajes por Persia y Oriente, Europa, Estados Unidos y África. La inseparable amiga de Klaus y Erika Mann, la compañera de viaje de Ella Maillart, la amiga de Malraux y la gran pasión de Carson McCullers traza en estas páginas su relato biográfico más intimista y el más osado, debido a una sinceridad implacable. La vida en este valle, recreada años después, se convierte en una alegoría de la soledad, el amor y la muerte, pero también del esfuerzo por sobrevivir, a pesar de verse a sí misma «perdida, apátrida, a merced del viento, del frío, del hambre... siempre sola, empujada hasta el mismo borde del abismo». El recuerdo de lo vivido en este lugar, donde parecen acabar todos los caminos, será también un acicate para renacer y extraer de la memoria y las experiencias pasadas nueva energía para seguir adelante.

Me reprocháis que me ponga intencionadamente en peligro, que esté dispuesta a malgastar mis fuerzas con cualquier aventura, pero que no esté dispuesta a probar ninguna tarea de una «vida normal». ¿Cuál imagináis que es la aventura?

ANNEMARIE SCHWARZENBACH

IBIC: FA; WTL

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM

